

los individuos de nuestra especie, que nos hace desear comunicar con todos, la fruición de los bienes que nosotros disfrutamos. El atrevido marino, el valiente militar, el comerciante metalizado, ejercen cierta propaganda á su modo, y quisieran acarrear á su profesion á todos aquellos en quienes conocen ciertas aptitudes. Solo el que se encuentra disgustado en su condicion, obra en sentido contrario: por esto es que entre nosotros, muchos católicos de nombre quisieran que todos los creyentes se convirtiesen en apóstatas. El protestante manda sus misioneros hasta el corazon de la India, para conquistar prosélitos á fuerza de oro: el demagogo pone en planta hasta los medios mas reprobados por acarrear partidarios; y solo al catolicismo, solo á sus institutos monásticos se les hace cargo, porque ejercen una propaganda natural, tanto en el régimen divino como en el orden humano! ¡Inconsecuencias necesarias del error!

IV.

Ya que de paso hemos tocado los medios de accion de la demagogia, permítasenos hacerle la siguiente interpelacion. Si los clubs demagójicos, para admitir á cada individuo en su seno; para conquistar cada partidario; para asegurarse un sectario, procediesen tan de buena fé como se procede en los claustros con los postulantes, y les dirijiesen una alocucion tan grave, tan franca, tan llena de verdades amargas como las que tiene que oír el que va á recibir un hábito, ¿cuántos prosélitos conquistarían al año? Pero nó: no proceden así; porque si fuesen francos y sinceros, se suicidarian. ¡Por qué,

pues, tienen los demagogos tantos discípulos? Porque primero corrompen el corazon y fascinan despues el entendimiento, ó simultáneamente hacen uno y otro. Los demagogos ejercen su propaganda y conquistan sus prosélitos en las orgías, en las tabernas, en los burdeles. Embriagan al pueblo; y en medio de su libertinaje, le hacen vociferar *vivas* á la libertad. Azuzan al pueblo para que se entregue al pillaje; y en medio de su desenfreno le hacen vociferar *mueras* contra las clases acomodadas. Suscitan una sedicion, y llevan al pueblo á asesinar al poder constituido; y cuando ya está bañado en la sangre de los patricios le estimulan á blasfemar del principio de la legitimidad, y le escitan á vociferar los títulos de su soberanía. Esto sucede en nuestro pais: lo hemos visto, y lo ha visto todo el que ha querido: que nos desmienta el que pueda. Y esto es estraño, es nuevo en el mundo? No, ciertamente. Los carbonarios de Italia, los sansculotes de Francia, los constitucionalistas de Méjico, todos emplean, y han empleado, y emplearán los mismos medios de accion; los mismos resortes de propaganda. Robespierre y Mazzini y todos nuestros *micos* de acá, son hijos de un mismo padre, discípulos de la misma escuela; y como árboles del mismo tronco llevan frutos idénticos.

V.

Se insiste mucho en que es un abuso admitir á la juventud á la profesion monástica en edad muy temprana; en el periodo de las ilusiones; en una época en que el hombre todavia no se prueba á sí mismo. Los que así hablan ni conocen la economía divina del cristianis-

mo; ni sospechan siquiera cuantos y cuan misteriosos modos de operacion tiene la gracia sobre el corazon humano. Por esto es que, ya desde otros tiempos en que no se tenia el descaro preciso para ensayar extinguir de un golpe los institutos monásticos, se prevenia por la ley civil que se esperase á cierta edad avanzada para hacer la profesion religiosa. Mas este golpe indirecto propendia al mismo resultado que lo otro; porque él seria comparable á la prohibicion de la celebracion del matrimonio antes de los cincuenta años, si se quisiera extinguir la sociedad. ¿Por qué? Porque hay prodigios en las operaciones de la gracia, porque hay milagros de la virtud cristiana, porque hay resoluciones heróicas en el hombre que se consagra á Dios, que solo pueden caber en un corazon virginal, en una alma nueva á las impresiones de la vida, en unas pasiones ardientes que en vano se buscarian en el temperamento calculador de una verilidad avanzada, en medio de los hielos de la senectud, ó bajo del polvo y las cenizas que amontonan tras de sí los desengaños del mundo. Esos que disputan á Dios las primicias del corazon del hombre, las aspiraciones tan puras de una alma nueva á todo género de impresiones, obran como el que negara al altar llevarle por presentalla las flores recientemente cortadas, y que exhalan todavía todo su perfume, contentándose con ofrecer los mústios bagazos desprendidos de las guirnaldas profanas que engalanara las copas de las bacanales de otro dia. La Iglesia ha fijado sábiamente la edad necesaria para emitir la profesion religiosa: y para andar acertada en ello le bastan dos cosas: primera, el perfecto conocimiento del corazon humano; segunda, la exacta apreciacion de las operaciones de la gracia divina. ¿Y quién le disputará una ú otra?

En el mecanismo divino de la religion cristiana, y sobre las influencias de la gracia en el hombre, hay mucho que estudiar, y estudiando se aprende algo; pero hay tambien muchos misterios que venerar; y cuando tropezamos con ellos para quitar toda tentacion de investigaciones insensatas y orgullosas, no queda mas que hacer que repetir incesantemente con San Pablo. *¿No es verdad que Dios ha convencido de fátua la sabiduría de este mundo?* (*)

Hay ciertas máquinas en cuya complicada combinacion entra una rueda que tiene un movimiento giratorio, tan rápido, que hace se pierdan á la vista su círculo y sus ródios. Si algun curioso imprudente se acerca á desengañarse con el tacto de su mano de aquéllo que sus ojos apenas adivinan, se apercibe de la existencia de un cuerpo potente, cuando ha perdido á pedazos la mano investigadora. No de otra manera sucede á cada paso á los pretendidos filósofos y políticos que, sin antecedentes bastantes sobre el mecanismo de la máquina de la religion cristiana, principalmente en todo aquéllo que dice relacion á los abismos del corazon humano, pretenden poner á prueba de proyectos absurdos la existencia de ciertas combinaciones misteriosas. Se desengañan de la presencia de la combinacion; pero esto es cuando ya su presuntuosa ciencia ha caido convertida en mil pedazos, sin haber conquistado otro descubrimiento que el sentimiento terrible de la repulsion divina.

Por esto el protestantismo, que ha dislocado la máquina de la religion católica, no comprende ni podrá comprender jamás, la alta mision de esos centros de movi-

(*) Nonne stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi? 1.ª ad, Corint. 1.º v. 20.

miento que nosotros admiramos en cada instituto monástico; y cuando ha querido parodiar nuestros claustros, ha dado una prueba mas de la infecundidad de sus concepciones. Dígalo la iglesia rusa, de la que nos refiere un ilustre viajero lo siguiente: "Los institutos monásticos son los que proveen á la iglesia de obispos y dignidades, y á las academias y seminarios de directores y profesores. Pero esa noble y generosa voluntad que hace al hombre renunciar al mundo y acogerse al claustro para servir á Dios en el silencio de la soledad, orando, estudiando las ciencias sagradas y sirviendo al prójimo, en vano la buscaríamos entre los monjes rusos; pues que muy diversos son los fines que los han llevado al monasterio. Ningun individuo puede ser admitido en los *satnujes* ni en los *sastalnujes* (*) sin haber completado la edad de cuarenta años, si es hombre, ó de cincuenta si es muger: es decir, despues que han apurado el cáliz de los placeres, y cuando ya no se sienten con vida para la disipacion del siglo, ni con fuerzas vigorosas para prestar servicios á la sociedad civil. La voz celestial que debe servir de fundamento á la resolucion de abrazar una vida semejante, no deben escucharla sino cuando la sociedad humana se dispone para rechazarlos como inútiles, y cuando ordinariamente la relajacion de costumbres debiera alejarlos mas bien de la profesion religiosa. No debe sorprendernos, pues, que los cuerpos regulares no entrañen allí alguna de esas bellas flores de la juventud, que suele arrebatarse á la disipacion del siglo el fervor cristiano, ni que puedan engalanarse aquellos con el ropaje de la virtud mas alta del Evangelio, y que hace la hermosura de los claustros

(*) Los primeros son los conventos ordinarios ó pagados por el gobierno; y los segundos los extraordinarios y sostenidos por limosnas de particulares. (Nota del autor cuyo texto se cita).

del catolicismo.... la virginidad.... Lo sublime de esta virtud, así como el bellissimo conjunto que forman las demas que la acompañan, están muy distantes de hermosear las lauras y los satnujes de la Rusia. (*)

Hé aquí á lo que deja reducidas el error las concepciones mas bellas del cristianismo; esto es, los planteles en donde se ensaya la realizacion de las virtudes mas sublimes, de los consejos mas elevados del Evangelio. Hé aquí tambien á donde nos conduce esa filosofía escéptica; esa civilizacion que destruye entre nosotros los claustros, y que paga con dinero la apostasía de los débiles. Arranca de nuestra sociedad el árbol á cuya sombra se criaron las generaciones de donde procedemos; y no piensan que al desarraigar el árbol puede desgajarse el terreno de donde se arranca; porque él fué formado por el aluvion del mundo, merced al árbol mismo á cuyas raices se apegó. ¡Destruyen los institutos monásticos, y creen que con ello mejoran la sociedad! ¡Insensatos! Les sucede lo que al empírico maquinista que desarmó un reloj para componerlo; y cuando al reorganizarlo le sobraron piezas cuya colocacion ignoraba y cuyos oficios desconocia, pensó néciamente que no solo habia reconstruido la máquina, sino que habia utilizado, economizando piezas!

¡Insensatos! Lamentables como son sus errores disolventes, terribles por sus largas trascendencias, ellos no

(*) Eyzaguirre. *El catolicismo en presencia de sus disidentes*. Tom. 1.º, cap. 26.—No podemos prescindir de recomendar encarecidamente la lectura del libro que acabamos de citar. Eyzaguirre en su obra ha venido á dar fé, por decirlo así, de la realizacion de muchas tristes verdades: del *hic et nunc* de las actualidades repugnantes de los errores del orgullo y de la insuficiencia humana. Lo que Bossuet nos enseñó en su *Historia de las variaciones de la reforma protestante*; Colbet en su *Historia de la reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*. Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo*; Augusto Nicolás en *El protestantismo y todas las herejias en la relacion que tienen con el socialismo*; y Donoso Cortés en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales*; Eyzaguirre ha venido despues de todos, y con tanta gloria como ellos, y confirmando sus doctrinas, nos ha dicho con la seguridad que presta la evidencia: *Todo es verdad, yo lo he visto todo.*

demuestran otra cosa, sino que, para nosotros, el presente es uno de los tiempos desgraciados de que dijo el Espíritu Divino; *porque llegará un tiempo en que los hombres no podrán tolerar la sana doctrina, y con un prurito de oír lo que les lisonjea, recurrirán á una turba de doctores propios para satisfacer sus deseos. Y cerrando los oídos á la verdad, los abrirán á cuentos y fábulas.* (*)

VI.

Dijimos antes que entre los cuatro jóvenes á quienes vimos tomar el hábito en Guadalupe habia un ciego de nacimiento. Este lo recibió como novicio para la profesion laical. Era originario del Cedral: en la casa de sus padres se hospedaban con frecuencia los Padres de Guadalupe; y esto hizo que el ciego les cobrase afecto, así como al instituto monástico de que eran hijos los frecuentes huéspedes de su hogar paterno. Era músico, y pulsaba con admirable dulzura el arpa y la flauta. Poseía ese estilo peculiar á los músicos ciegos, cuyas concepciones musicales, muchas veces, no tienen imitacion en las escalas del arte. Pretendiendo alguna vez sujetar al análisis de nuestro sentimiento las cadencias y armonía de la flauta de nuestro ciego, encontramos en ella una sucesion grave de periodos dulcísimos, interrumpida de vez en cuando por arranques muy vivos que registraban las notas mas agudas, elevándose hasta los cielos, de donde descendia el músico con igual rapidez que se habia elevado, para conservarse á una altura modesta; la del corazon sencillo. En este temple agotaba

(*) S. Pablo, 2.º á Timot. IV., vv. 3 y 4.

la riqueza de su instrumento, con dulzura tan apasionada como la de esas palabras que envuelven mil misterios de amor y que se murmuran apenas al oído de la púdica vírgen á quien se ha entregado el corazon sin reserva, y se le confían los delicadísimos afectos de una pasion que solo puede ser comprendida por otra pasion igual. Casi es general este carácter á la música de los ciegos, que siempre pueden decir lo que Cimodocea cuando se esforzaba por cantar su epitalamio en la víspera de su martirio. *¿Por qué cuando quiero cantar como la alondra, lloro como la flauta consagrada á los sepulcros?* (*)

Este ciego, llevando en el claustro todavia la vida de donado, se hizo conducir al órgano del templo: se impuso de la riqueza del instrumento, y se prometió pulsarlo con la misma destreza con que pulsaba su arpa y su flauta. Y sucedió así, porque muy en breve, él ejecutaba la música del coro para la celebracion de los divinos oficios. No llegó á hacer la profesion monástica; porque su padre tomó con el ascendiente de tal, todo el empeño posible para disuadirlo de su resolucion; logró en efecto arrancarlo, á su pesar, del asilo que habia encontrado en el monasterio: algun tiempo despues, hizo esfuerzos el piadoso ciego por volver á la casa de su eleccion; pero se le opusieron las mismas dificultades domésticas.

¿Cuál seria, preguntamos, la especie de fascinacion ó seduccion que obró sobre el corazon del ciego músico, que se resolvió á dejar la casa paterna por ir á abrazar las austeridades de la vida monástica? ¿Cuál seria el interes bastardo que hayan tenido esos *propagandistas sistemáticos*, para empeñarse por ganar un prosélito, en

(*) Chateaubriand. Los Mártires, ó el triunfo del Cristianismo.

un desgraciado ciego, que naturalmente debia mas bien servir de carga que de utilidad á la casa que aceptaba la obligacion de proveer perpétuamente á la subsistencia de un inválido, que en recompensa, solo podria ofrecer los limitados servicios de un ciego, y ciego de nacimiento? Para tocar este punto, nada importa que no haya hecho por fin su profesion: para nuestro propósito basta que el ciego hubiera elegido libremente cierto estado, y que su desercion de él fuese contra su voluntad: que por la otra parte, el instituto, supuesto que le dió el hábito, se hubiera puesto en el caso de admitir su profesion, y aceptar las consecuencias ulteriores á ella. Una y otra cosa demanda una ligera digresion.

Ese ciego que escogió la vida monástica y que luchó hasta donde pudo por no ser separado de ella, abandonó el mundo, donde mas tarde ó mas temprano habria venido á ser un hombre verdaderamente desgraciado: acaso para él, ese recurso era una verdadera necesidad; porque haciendo uso de él, se iba á convertir en un miembro útil para la sociedad; así como tambien se iba á poner á salvo para siempre de esas tempestades que el contacto del siglo suscita aun en el corazon de los ciegos. Hay aptitudes, disposiciones, exigencias, ó como se les quiera llamar, en los individuos que demandan para ellos imprescindiblemente una colocacion determinada en el cuadro social. Si se ponen fuera de esa situacion, ni ellos conquistan su felicidad, ni la sociedad en que viven reporta las ventajas que debiera de aquel individuo mal colocado. Esos hombres fuera de su lugar en el mundo, son como la rueda que se disloca en una máquina: si esta es bastante potente y sigue su giro, la rueda dislocada será convertida en pedazos; pero si aquella es resistente, suspenderá el giro de todo el

aparato, ó tambien lo hará disparar en completa desorganizacion. Nuestro ciego se sentia bien en el claustro; tal vez ese era el lugar que la Providencia le tenia deparado en el mundo: fué arrancado de él; y acaso se le ha hecho infeliz para toda su vida, ó se le ha puesto en camino para ser noivo á la sociedad.

Ahora bien: en el mundo hay muchos hombres cuya situacion es idéntica á la del ciego músico: hay enfermedades en el alma, peores que la ceguera del cuerpo; y ellas arrojan al individuo á estados mas graves que el del que carece de la luz del sol. Así como en lo físico el predominio de un temperamento determina condiciones necesarias en el individuo: (*) lo mismo el predominio de ciertas pasiones, determina condiciones especiales en los hombres, engendra necesidades peculiares á esas condiciones; y para la satisfaccion de ellas se hace necesaria determinada colocacion en el orden de la sociedad. Sin apelar á los misterios de la gracia divina, tenemos que convenir en que, aun naturalmente, es preciso conceder al hombre el que se deje arrastrar por ciertos impulsos que lo lleven á colocarle en una posicion en que cree que se sentirá feliz.

Por esto el Cristianismo que es la filosofía única concedora del corazon humano, ha arrojado de suyo espontáneamente tantos institutos y tan varios como son muchas y diversas las exigencias que en el hombre hay que satisfacer. ¿Y en qué épocas se han multiplicado esos planteles de penitencia y de sabiduría? Precisamente cuando el mundo ha necesitado mas de una po-

(*) Hablamos de condiciones físicas, y no de disposiciones morales, en el sentido que algunos frenologistas pretenden que dependan necesariamente de ciertas causas puramente orgánicas. El bilioso, el sanguíneo, el linfático, el nervioso tienen distintas predisposiciones; y en virtud de ellas son por necesidad natural mas propensos á tales ó cuales enfermedades. En este sentido hablamos.

tencia regeneradora. Los institutos monásticos no deben su origen á los Pontífices ni á los Obispos: nacieron del mismo elemento cristiano; y mientras este subsista, se conservarán ellos á pesar del mundo; han variado en sus formas en el trascurso de los siglos; pero el espíritu que les dió vida, ha sido idéntico desde Pablo, el primer ermitaño, hasta nuestros días.

Por esto los que atacan esos institutos; los que quieren extinguirlos como innecesarios, atacan directamente el elemento evangélico, y abren un vacío inmenso en el mundo que devora al corazón humano. Por lo mismo, donde el protestantismo cierra los claustros, multiplica las prisiones, y funda casas para locos: donde el filosofismo le arrebató á la débil muger esos asilos santos en que puede ir á poner á salvo, en edad temprana, sus frágiles virtudes, allí tiene que abrir hospitales para las víctimas incurables del crimen; casas de refugio para el arrepentimiento tardío. Hemos dicho mal, suponiendo que bajo el dominio del filosofismo se abra un solo asilo para el *amargo arrepentimiento*. Esta es una virtud exclusivamente cristiana; porque ella es hija de las tres grandes virtudes que son los omnipotentes resortes del sistema divino del Evangelio: donde no existen estas virtudes, puede venir, despues del cansancio de la vida, el hastío, la desesperacion, los desengaños estériles, pero no el [arrepentimiento]. El espíritu del Evangelio llevó á los pies del Salvador á la pecadora, á quien se perdonó mucho, porque tambien amó mucho; el espíritu del filosofismo llevó al apóstol traidor al pié del árbol que le sirvió de suplicio.

El Cristianismo abre asilos de santidad y de paz donde el hombre pueda ir á curar sus dolencias ó á fortale-

cer sus virtudes; porque sabe que al débil le basta con su propio mal, y no necesita revestirse de las pasiones del mundo; porque sabe que el fuerte necesita ponerse á salvo de la precision de aceptar pruebas temerarias contra su propia virtud. Y los que destruyen los institutos monásticos; los que dicen que estas creaciones fueron propias solo para otra época. ¿Sabeis lo que hacen? ¡Malvados. . . .! Ven á la sociedad enferma, corrompida hasta un grado vergonzoso; y para que no se escandalice de su propio mal, para que no se asombre de la intensidad de su corrupcion, abren la escuela infame de Dumas y de Süe, y en ella se hace la autopsia de la misma sociedad para poner de manifiesto la putrefaccion de las úlceras de sus entrañas, y habitar al hombre al espectáculo de la podredumbre y los gusanos que le corroen el corazón. Ellos obtienen su triunfo entre nosotros: sus obras nos lo hacen sentir. Se extingue un claustro; y sobre sus ruinas se abre una escuela de artes (*): se extingue un establecimiento piadoso, y sus rentas se aplican al pago de chusmas de asesinos y bandidos (†): se destroza un convento, y sobre sus escombros se establece un burdel (‡): se profana un Santuario, se viola el altar; y la ramera aparece engalanada con las vestiduras sagradas (§). El ladrón brinda en el cáliz del sacrificio [||] y las abominaciones más execrables se consuman en la misma casa de Dios. [¶]

(*) Esto ha sucedido en San Luis y en Zacatecas.

(†) Esto ha sucedido en todas partes donde la demagogia ha tenido tiempo de consumir sus proyectos de despojo.

(‡) Esto sucedió en Méjico. Se abrió una calle, destruyendo parte del convento de San Francisco; y ahora se ve en un sitio antes venerado, una accesoría infame que recuerda á Comonfort con su canalla y sus crímenes.

(§) Esto ha sucedido en Guadalajara, en San Juan, en Etzatlan, en Mascota, en Ameca, en Atemajac de las Tablas, en Ahuacatlan y en otros muchos lugares.

[||] Esto ha sucedido en Morelia; sucedió tambien en Guadalajara en Octubre de 1858.

[¶] No se pueden confiar á la pluma algunas abominaciones consumadas en los templos por los constitucionalistas. Baste decir que en el de Magdalena se cometieron crímenes por la gavilla Rojas, peores todavía que la blasfemia, el asesinato, la fornicacion, ¡¡¡crímenes sin nombre!!!

¿Qué pensais ahora del modo de obrar de las órdenes religiosas en la propaganda del espíritu que las anima, comparado con el que ejerce la demagogia contra todo aquello que se opone á sus perversas miras? ¿A la propaganda monástica, al espíritu de un claustro preferiríais alguna vez el de un club democrático y la propaganda de esas turbas que se hacen preceder siempre por el terror, y que dejan señalado su paso con cenizas, sangre, desolacion é infamia? ¿Y qué pensais de esas casas que abren sus puertas de paz á un hombre tan nulo como lo es un ciego de nacimiento; oscuro por su origen, despreciable segun el siglo, por su pobreza? ¿Qué cálculos, qué intereses podreis suponerles en conquistar prosélitos de tan poca valía? Esos cálculos, esos intereses son de un orden tan alto que es inútil hablar de ellos al que no es dado comprenderlos, porque no es capaz de sentirlos. Bástenos decir que, precisamente, aquello en que la religion es mas desinteresada y mas sublime, es lo que presenta mayor motivo de escándalo á la filosofía del mundo; por lo mismo que esta trata de destruir todo aquello que le causa celos, sin pensar que desaparecerá de la sobrefaz de la tierra toda ciencia y toda filosofía antes que desaparezca la simiente de la caridad de Jesucristo, y sus frutos que son esos prodigios que el hombre no comprenderá jamás con toda su vana sabiduría. *La caridad nunca fenecerá; en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas y se acabará la ciencia.* (*)

VII.

Dijimos antes cual era nuestra situacion en Guadalupe; y ella, de uno en otro dia venia á ser mas violenta,

[*] San Pablo 1. á los Corint. XIII, 8.

al grado de que esa enfermedad moral que nos dominaba, trascendiendo al físico nos habia puesto en un estado de abatimiento impropio de nuestra edad. Nuestros goceos se reducian á la lectura, que no soportábamos por dos horas continuadas: á visitar el templo, que nos era ya demasiado conocido para que pudiese su vista escitar ese interes que procede de la reproduccion continuada de impresiones nuevas: á hacer algunos paseos por el campo en que, una vegetacion apenas perceptible y tostada por los hielos del invierno, presentaba un cuadro, mas bien que para divagar el espíritu, propio para escitar consideraciones tétricas. Nacidos nosotros en un suelo donde la fecundidad de la naturaleza hace admirar en los campos cuantas bellezas pueden imaginarse en una selecta coleccion de cuadros de paisaje, no podiamos menos que encontrar tristes puntos de comparacion en las llanuras místicas y estériles que rodean á Guadalupe y Zacatecas; principalmente cuando acabado de pasar el invierno habia seguido la estacion de los vientos, cubriendo de polvo el verde azulado de los plantíos de magueyes que es la única vejetacion que suele fijar la vista en las estensas llanadas, donde en el peso del dia nada hay que admirar fuera de esos fenómenos fantásticos que la refraccion de la luz produce en una atmósfera enrarecida por el calor del sol, y opacada por el polvo de los huracanes.

Multitud de veces nos sorprendió la noche á mucha distancia de la villa sentados entre los sulcos de alguna sementera, que por la falta de agua se habia secado sin producir su fruto. Nos habiamos ocupado tal vez en hacer recuerdos de nuestros bosques de pinos y de encinos, donde se respira un aroma vivificador, y donde nos apercebimos de la vida universal por ese conjunto

de ruidos vagos que nada dicen ni se pueden traducir al idioma del hombre, pero que forman el lenguaje de la naturaleza. Nuestros campos, inundados por manantiales perpétuos, cubiertos de flores sin cuento, recorridos por numerosos ganados semisalvajes, bajo una atmósfera ligeramente enrarecida, por un calor templado, valen mas que esas campiñas desoladas, entrecortadas por cerros desnudos, por cuyas faldas no se distingue mas que las blanqueadas mohoneras que marcan los linderos de las pertenencias mineras; y el *hasta aquí* de las disputas y ambiciones de los hombres que llevan sus discordias hasta las entrañas de la tierra en busca de oro y de plata. precio infame de la conciencia de muchos; razon *á priori* de las convicciones de tantos; prueba irresistible para el honor de innumerables!!!!

Todo esto y mas revolviámos en nuestras meditaciones. . . . ¿Y sería porque diéramos gran valor á la distancia de nuestro suelo? no, sin duda. Era porque hay situaciones en que la distancia de una legua entre nosotros y cierto objeto, vale tanto como si se interpusiese la vasta estension de los mares. ¡Cuántas veces en un mismo domicilio, tememos morir separados de alguna persona por el espesor de una pared! El corazón humano es un prisma de tantos colores cuantas son las diversas situaciones en que pueden los humanos encontrarse constituidos: el mundo se vé al traves de ese prisma, y por ello sus decoraciones varían como difieren los individuos. Si no hubiera vidrios que produjesen las ilusiones ópticas, no habría el goce que se tiene cuando por su medio, nos creemos trasladados á millares de leguas y á centenares de años, é imaginamos asistir al incendio de Roma, á las erupciones del Vesubio, ó á las fiestas de Venecia. Así tambien, si viéramos al mundo bajo su

aspecto absoluto, y no al traves de ese prisma del corazón, que recibe sus colores de múltiples influencias, no habría poesía; porque habría únicamente la monotonía de las formas absolutas, y la inmovilidad de sus inflexibles contornos.

Conociamos nuestro malestar y su procedencia: conocíamos tambien cual debiera ser el remedio; y, sin embargo, no nos atrevíamos á ensayar su aplicacion: á la manera de ciertos enfermos que, conociendo la gravedad de su dolencia, se resisten al tratamiento de un médico, porque tiemblan de escuchar su diagnóstico, y tener que deducir de él un pronóstico tal vez funesto.

Hay decoraciones en el corazón que demandan imperiosamente una peripecia violenta, para obtener la solucion de ciertos nudos. Pues bien; esas peripecias solo la Religion las puede proporcionar. Por lo comun, cuando el hombre se abate hasta el aniquilamiento en fuerza de circunstancias que no ha podido ó no ha querido dominar, es que se engolfa en sí mismo; y con un orgullo punible, parece que se juzga solo en la creacion, y que no hay mas de que ocuparse que de sí propio: de esta manera ensimismado el individuo, cuando recapacita se encuentra aislado en el mundo; porque en justo castigo de su nécia soberbia, se le retira todo aquello que antes le rodeara. Esta situacion lleva hasta los peores extremos, porque si no hubiera soberbios y ensimismados no habría suicidas, ni locos culpables.

¿Y qué recurso queda al individuo para no chocar con el escollo de una locura culpable, ó de un suicidio calculado con frialdad? La Religion. Porque á proporcion que el hombre se aniquila hundiéndose en sí mismo, necesita elevarse á tanta altura cuanta sea capaz de compensar su anterior abyeccion y de curar su enfermedad.

Necesita, por medio de un salto de gigantes, levantarse desde los abismos humanos hasta las alturas de Dios, humillándose y aniquilándose, no en sí mismo, sino ante Dios; y una vez conseguido este esfuerzo, el nudo está ya resuelto; porque Dios ensalza al hombre en proporción de lo que él mismo se había abatido, confesando que no le es lícito gloriarse, sino en el favor y en la omnipotencia divina.

Al pensar de esta manera, tomamos la resolución de ir á buscar la paz que necesitábamos en los recursos de la Religión, y á la sombra de los claustros del colegio de Guadalupe. Sin vacilar un momento, pusimos en planta aquella resolución, dando de mano á algunas atenciones que nos ocupaban. Al dejar tras de nosotros el umbral de las puertas del monasterio, nos propusimos olvidar por unos días cuanto pudiese tener pendiente nuestra atención en otra parte que no fuese dentro de los muros de aquella casa.

VIII.

No nos ocuparemos de describir el interior del vasto monasterio de Guadalupe; con la bella distribución de sus departamentos, sus hermosísimos patios; su estenso jardín, y algunas obras de arquitectura dignas de especial mención (*): esto no cumple al propósito

(*) Entre otras obras notables recordamos una bellísima capilla erijida en honor de la Concepción Inmaculada de María, donde se ven admirables trabajos de talla en cantera: esta capilla tiene de notable el ser una miniatura de la basílica de San Pablo de Londres. Un magnífico algibe en que se conserva el agua necesaria para el consumo de la comunidad en todo el año; esta obra tiene de notable que se desagua naturalmente á cierta altura, sin que sea conocido el conducto por donde se hace el desagüe. Un arco que sostiene el lienzo de pared de una capilla que amenaza ruina: este arco es notable por su forma y por la manera con que ejerce una doble fuerza para sostenerse á sí mismo, y sostener la capilla á que sirve de apoyo. Estas dos últimas obras fueron construidas por un religioso laico del mismo Colegio, que fué un insigne arquitecto.

que nos hemos fijado. Nuestro objeto es dar á conocer las impresiones que en un claustro se pueden recibir. Al describir estas, nos ocuparemos muy al paso de algunos objetos materiales á que conservemos ligado algún recuerdo. Por tanto no será extraño que pasemos por alto verdaderas cosas notables, y que mencionemos otras muy triviales. En circunstancias dadas no fijan la atención del caminante las proporciones colosales, y magestuosa hermosura del pino secular á cuyo pié se guarece de los abrasadores rayos del sol de mediodía; y sin embargo, se está mirando la trasparente gota de resina que destila del mismo tronco, y el pequeñísimo insecto que construye su albergue al abrigo de la corteza.

Al caer la tarde entramos al convento, y después de haber recorrido algunos ambulatorios, apenas alumbrados por la incierta luz del crepúsculo, quedamos en posesión de la celda que nos fué señalada para habitación. Como no conocíamos todavía la distribución del estenso edificio, al entrar á la celda perdimos hasta el rumbo hácia donde quedaba la puerta principal, y nos encontramos como extraviados en nuestra misma casa. Esto nos hizo traer á la memoria aquellas fantasías tan frecuentes de las leyendas de la edad media, que nos representan unos castillos llenos de laberintos y de puertas secretas que, cerrándose tras del peregrino que allí recibiera la hospitalidad por una noche, no le dejaban ni vestigios del camino que había llevado; ni conciencia segura de la situación que guardaba, teniendo que dormirse pensando en endriagos y gigantes que vendrían á turbar su sueño.

En aquella celda encontramos los muebles necesarios para nuestra permanencia de algunos días; una mesa con